

Malentendidos por un contexto equivocado

Los errores ocurren cuando alguien vuelca sobre un mensaje la interpretación más próxima a él, y no la del emisor



Tres bancos frente a un banco, en este caso la fachada del Santander en la calle de Hernán Cortés, de la capital cántabra.

JOAQUÍN GÓMEZ SASTRE (NURPHOTO / GETTY IMAGES)



ÁLEX GRIJELMO

04 JUN 2025 - 05:30 CEST



Muchos malentendidos de las relaciones personales se deben a que las mentes lingüísticas de los hablantes viven en diferentes contextos, aunque se hallen a un metro el uno del otro.

Si nos invitan a una cena y nos dicen que vendrán otras dos parejas y al llegar hallamos a dos hombres y a dos mujeres conversando entre sí, pensaremos que los cuatro forman dos parejas mixtas. Solo con una adecuada información contextual descubriremos que no; tal vez después de haber metido la pata tres o cuatro veces.

Esto último no se deberá a un sesgo heteropatriarcal, sino a un proceso cognitivo llamado *juicio de probabilidad*, que aplicamos cuando, al faltarnos el contexto real, imponemos el nuestro. Ese mecanismo falla a veces, pero al cerebro humano le sale a cuenta el pequeño margen de error: examinar con detalle todas las posibilidades en cada situación y a cada rato resultaría angustioso y lento.

Si llegamos a una isla desierta y vemos tres cigüeñas rojas de una en una, crearemos que todas las cigüeñas de esa isla son rojas, aunque se trate de las únicas tres cigüeñas rojas de la isla. Ahora, una vez que somos conscientes de haber aplicado la interpretación falsa, en la siguiente ocasión similar no activaremos ese prejuicio porque lo habremos suprimido del cajón de las experiencias pertinentes.

La frase “mi hermana salió de la cafetería y se dirigió al banco” admite dos interpretaciones de “banco”. Si quien la oye o lee no dispone de más contexto, activará en su mente la experiencia más próxima o más intensa. Supongamos que ha estado hace poco en una entidad financiera. Sin remedio, imaginará que la mujer salió de la cafetería para ir a una sucursal; y solo desechará esa idea si le cambian el contexto: “Mi hermana salió de la cafetería y se dirigió al banco. Después se sentó en él y se comió unas rosquillas”.

Por el contrario, si el interlocutor sabe que la hermana suele sentarse en un banco del parque, recreará esa imagen y solo la anulará en el caso de que la frase continúe de otro modo: “Mi hermana salió de la cafetería y se dirigió al banco. Allí sacó dinero, pero no pudo comerse las rosquillas”.

El papa Francisco incluyó [en su primer mensaje en Instagram](#) este ruego: “Rezad por mí”. Eso admitía dos sentidos: **1.** “Rezad en mi favor”. **2.** “Rezad en mi lugar”. La opción **1** es la más probable según nuestra experiencia, y la que aplicaremos sin dudar. Ahora, si luego nos presentan como más adecuada para el caso la opción **2**, se producirán la sorpresa y el efecto

chistoso, como sucedió entonces: “Ha dicho que recemos por él. Lleva dos días en Italia y ya quiere que le hagan otros el trabajo”.

Con ese mecanismo de acierto o error juegan los humoristas. Pero a veces se llega a malentendidos que producen dolor, a causa de que el hablante no se expresa con claridad y el oyente confunde el mensaje en función de su memoria, sus prejuicios, sus deseos o sus miedos. Es decir, su contexto.

Por ejemplo, cuando alguien recibe un *wasap* que dice “No quiero perder el tiempo contigo” y lo interpreta como “No me interesas nada” y no con el sentido que le había dado el emisor de “avancemos deprisa en la relación porque lo tengo muy claro”. De ese modo, el pesimismo del receptor activa su falso presagio de rechazo.

En situaciones así, acerca de las cuales quedan ustedes advertidos con esta columna, un mismo mensaje admite dos interpretaciones opuestas pero verosímiles. Y por eso es crucial no terminar ahí la conversación, sino explicar el emisor lo ocurrido y comprender el receptor lo explicado. Y ya de paso, reírse ambos por el error. A ser posible, tras hablar de ello con calma en un banco.

SOBRE LA FIRMA



Álex Grijelmo